

relaciones entre ambas tecnologías de la palabra involucraron relaciones de poder, transmisión de ideas y, de forma paralela, mecanismos de resistencia y de desviación de las normas. Todo esto condicionó "la manera de hacer memoria de lo vivido en el futuro" (pág. 281).



Si bien en el artículo de Salazar se dejan entrever algunos elementos que utilizaron las elites modernizadoras religiosas para darle vida a su proyecto, como la renovación y cuidadosa planificación de los espacios urbanos; el texto de Rawitscher propone una relectura del paisaje urbano del centro de Bogotá, enfatizando que "desde mediados del siglo pasado la conformación física de Bogotá ha sido un escenario contundente de formulación de modernidad. Las huellas del proceso aún se observan en la ciudad" (pág. 311). A través de la construcción de casas con estilos y símbolos que lograban "plasmarse" cierto sentido de modernidad, las clases altas de la ciudad intentaban distinguirse de las demás, y así mantenerse en la cima de la estructura social y económica. Al mismo tiempo que expresaban una versión local de la modernidad.

El artículo que cierra el libro se mueve dentro de los espacios que han dejados abiertos los demás autores, pero esta vez no son comunidades y grupos étnicos los que se preguntan por su historia e identidad; es el sujeto "mismo", una ex guerrillera que se pregunta por su trayectoria por aquello que la hace ser ella y, haciendo uso de diferentes técnicas, se propone construir su

memoria autobiográfica. El fin último es apropiarse del empoderamiento que posibilitan estas construcciones discursivas, exigiendo la reparación a la "doble exclusión de ser insurgente y mujer" (pág. 326). Este texto de María Eugenia Vásquez demuestra que la memoria considerada como construcción social se convierte en un campo de confrontación política. Su autobiografía cuestiona esas historias oficiales en que "los otros aparecen en papeles secundarios o desaparecen por efecto del silencio como parte fundamental en las políticas de la memoria oficial" (pág. 328).

La pertinencia de este libro en un país como Colombia es evidente; además de que presenta una versión local de los debates de fin de siglo que giran sobre las políticas de la memoria y la representación, nos da luces sobre procesos sociales bastante amplios y complejos que tienen consecuencias prácticas en la vida cotidiana de miles de personas. No es gratuito, entonces, que en el Plan Nacional de Cultura, recién presentado por el ministerio del ramo, uno de los tres grandes campos de acción que se proponen sea el de memoria y creación.

ESTEBAN ROZO

1. Joanne Rappaport, *The Politics of Memory. Native Historical Interpretation in the Colombian Andes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

## Una guerra fallada

### Las drogas: una guerra fallida. Visiones críticas

Álvaro Camacho Guizado, Andrés López Restrepo, Francisco E. Thoumi Iepri (UN), Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1999, 206 págs.

Desde mediados de la década de los setenta, comenzaron a aparecer los primeros traficantes de marihuana. El lugar de origen y de habitación

de estos "nuevos ricos" era, por lo general y preferiblemente, la costa Atlántica colombiana.

Por la cercanía con el mar Caribe y con los cultivos de la planta en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, los primeros narcotraficantes que se conocieron vivían en Riohacha, Santa Marta y Barranquilla. Era la época de la bonanza "marimbera".

Sin embargo, a finales de los años setenta, otra era la bonanza que venía desplazando al negocio de la marihuana: la cocaína. Con una estructura criminal más organizada, el tráfico de cocaína se convirtió, desde principio de los años ochenta, en el nuevo y más provechoso negocio para los criminales.



Finalmente —aunque este *finalmente* es en sentido bastante figurado—, ya en los noventa e incluso en las postrimerías del decenio anterior, el narcotráfico tenía tal magnitud económica que no tardó en confundirse con la violencia y con la corrupción.

Las instituciones colombianas, desde fines de los años setenta, ya comenzaban a atacar esta rampante modalidad criminal. Pero no fue hasta mediados de los años ochenta, por la presión y el apoyo de los sucesivos gobiernos estadounidenses, cuando Colombia se comprometió a curarse del cáncer del narcotráfico. La cura propuesta para dicha enfermedad fue la guerra. La guerra contra las drogas.

Pues bien: ése es el tema del libro que se reseña: la guerra que ha venido dividiendo y matando colombianos durante ya más de dos decenios.

Sin embargo, es una guerra que, aunque ha contado con toda la publicidad de los medios de comunicación, parece no tocar la fibra de la mayoría de nosotros. Quizá se ha vuelto tan cotidiana que sólo la vemos superficialmente. Con la lectura que ofrece el libro que se reseña, nos podremos acercar de manera más crítica a un tema que al parecer ha caído en el sobrentendimiento y la insensibilidad. Faltan quizá herramientas distintas de los noticieros, que ofrezcan perspectivas novedosas al problema. Ése parece ser el propósito del libro.

La pretensión de los autores apunta hacia ofrecer una visión crítica, con información y opiniones calificadas sobre el tema. El equipo estuvo constituido por un economista (Francisco Thoumi), un sociólogo (Álvaro Camacho) y un politólogo y economista (Andrés López). La investigación fue contratada por el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (Iepri) de la Universidad Nacional de Colombia.



Álvaro Camacho y Andrés López se encargaron en conjunto de la primera parte del libro, mientras Francisco Thoumi, de la siguiente. Es de anotar que el libro, en su aspecto gramatical, presenta frecuentemente el vicio del queísmo o dequefobia. Repetidamente, y a lo largo de todo el texto, aparece este error. Aunque es justo anotar también que últimamente la utilización del "de que" se ha vuelto bastante peligrosa.

Al comenzar la lectura, nos encontramos con un enérgico prólogo de Juan Gabriel Tokatlián. En él habla

del abismo en que se sitúan Colombia y Estados Unidos por obra de la política antidrogas que han seguido durante todos estos años. La visión parece ser un poco fatalista para un prólogo. Pero al finalizar la lectura la balanza puede inclinarse hacia la opinión de Tokatlián.

La primera parte se centra en el problema del narcotráfico únicamente en Colombia. Los dos autores se dedican a analizar una encuesta realizada a miembros de la política antidrogas del Estado, como también a académicos e intelectuales. En el capítulo se analiza dicha encuesta.

La introducción del capítulo nos recuerda la importancia del fenómeno del narcotráfico en la historia colombiana contemporánea. Quizá a muchos nos haya cogido de sorpresa el desenvolvimiento de esta actividad criminal durante estos años. Tal vez a otros no tanto. Lo que sí es cierto es que ha transformado todas las esferas de lo nacional, y ha sido causa de la violencia más aterradora. Así, el estudio del fenómeno en Colombia está más que justificado.

El análisis nos pasea por todas las facetas que tiene la lucha contra el narcotráfico. Nos sumerge, poco a poco, sin que siquiera lo advirtamos, en la compleja profundidad del problema. Incluye tablas con cifras sobre aumento por años de los cultivos ilícitos. Menciona, además, la aparición de la amapola como nueva modalidad del narcotráfico. Ofrece información que permite adoptar una visión mejor fundamentada. Con la lectura de este libro, tanto legos como eruditos podrán alcanzar un nuevo nivel de conocimiento.

El subtema sobre cultivos ilícitos incluye también un apartado sobre la erradicación de cultivos. Allí se evalúa la efectividad de dicho método, y una vez más acerca el ojo del simple espectador a la realidad del problema, sin el tamiz que imponen los medios de comunicación masivos. Se nos lleva por un recorrido que muestra también la relación con guerrilla y paramilitares. Nos hace recordar (aunque no explícitamente) tantas cosas que, por el veloz paso de las imágenes, ya hemos ol-

vidado. Igualmente, el recorrido nos lleva a los agentes que participan en el proceso. Es decir, consumidores, productores y agentes del Estado (ejército y policía) encargados de librar la guerra.



Ya en el segundo subtema se nos habla de los narcotraficantes, se traza una suerte de perfil social de estos individuos. Se describen sus gustos y sus aspiraciones, así como los valores que tienen. Por supuesto, se habla sobre las relaciones con organizaciones políticas. El narcotráfico, se podría decir que desde sus comienzos, supo ganarse (casi siempre con el dinero de intermediario) la simpatía del poder político colombiano. Igualmente se habla sobre la relación que desde principio de los años noventa se estableció con la guerrilla, y la supuesta diferencia con la relación narcotráfico-paramilitarismo.

Antes de las conclusiones (que no van más allá de lo que se hace patente en la lectura) aparece un subtema que toca la cuestión más controversial de este capítulo: la política global antidrogas de Colombia. Si a lo largo de todo el texto se han encontrado enfrentamientos de opinión y de información entre los entrevistados, la política antidrogas supera en diferencias todos los temas anteriores. En lo referente a este tema es en donde más disenso hay. De cualquier forma, el análisis no se queda simplemente con lo global sobre la política antidrogas. Por

el contrario, se refiere particularmente a cada una. Habla de la sustitución de cultivos, de la fumigación, de la extradición, de la justicia sin rostro, en fin, de todos los mecanismos que la justicia colombiana ha adoptado para librar la guerra, incluida la rebaja de penas. Ya terminando, se encuentran menos de diez páginas de conclusiones. En ellas se nos muestra una síntesis de todo lo que se ha dicho. El abismo parece bastante profundo e insalvable.

El capítulo que tuvo a su cargo Francisco Thoumi se dedica a mirar desde el exterior de Colombia el problema de las drogas. La visión de los Estados Unidos, Europa y Latinoamérica es el eje de este análisis. Si ya vimos el problema desde el punto de vista de la oferta (Colombia), ahora el turno es para la demanda (el exterior).



Se trata de hacer, en cuanto a la organización del texto, lo mismo que se hizo con el anterior capítulo. Lo que encuentra el autor es una inmensa cantidad de lagunas respecto a información. En Estados Unidos y Europa es muy poco lo que se sabe en lo tocante al narcotráfico que distribuye la droga internamente. Sin embargo, lo que sí salta a la vista desde

el comienzo son las diferencias que existen entre ese país norteamericano y los de Europa en lo referente a las drogas.

Thoumi hace una muy completa e interesante descripción de la política antidrogas estadounidense. Nos muestra la naturaleza moralista y puritana de este pueblo, que contrasta con el calmo racionalismo europeo.

Lo que sí se puede afirmar es que la represión, en cuanto a castigos en los Estados Unidos, por crímenes relacionados con drogas, es bastante alta. La cuestión de la organización interna del tráfico, sin embargo, parece aún inexplorada. Definitivamente, Estados Unidos lucha esta guerra en terreno ajeno. De ahí la importancia de este análisis.

El autor, después de mostrar los matices propios de la relación narcotráfico-Colombia-Estados Unidos, entra a estudiar la cuestión del negocio en los Estados Unidos. Encuentra lo que mencionaba anteriormente. Hace lo mismo con Europa, y el resultado no es muy distinto.

Después, se habla de la política antidrogas estadounidense. Académicos y políticos opinan al respecto. Sorprendentemente, muchos no están de acuerdo. En lo que sí parece haber homogeneidad de opinión es que dicha política no va a cambiar, al menos en los próximos diez años. El problema de la droga en Estados Unidos es un problema *moral*.

Continúa con la visión norteamericana respecto a Colombia. El común denominador para los entrevistados es la falta de comprensión de parte del país del norte respecto al suramericano. Sin embargo, dicha responsabilidad parece no ser únicamente estadounidense. En este subtema, al igual que en los anteriores, aunque de modo latente, se muestra la complejidad de las relaciones Colombia-Estados Unidos. Esto, por la diferencia de opinión en cuanto a quién tiene la culpa del éxito del negocio ilícito. También por el enorme poder y presión que se ejerce sobre Colombia. La posición de Europa parece ser la de un cómodo observador.

El final del texto intenta abrir una pequeña fisura por donde se alcanza a filtrar alguna esperanza. La multilateralización del problema de las drogas. Allí, el libro toma un ritmo monótono, por tratarse de entrevistas. Sin embargo, culmina con unas conclusiones que tratan de indicar que el camino, dada la imposibilidad de legalizar el negocio y de que Estados Unidos cambie de enfoque en su lucha antidrogas, es la multilateralización de la lucha antidrogas. Verlo unilateral o bilateralmente no hace cosa distinta de atizar más el fuego de la guerra.

Una lucha conjunta de todos los países implicados en todo el proceso del narcotráfico puede llegar a ser el puente que salve el abismo del que habla Tokatlián en el prólogo. Entre tanto, no queda posibilidad distinta de atestiguar frente al televisor la guerra, la otra guerra que Colombia vive, en compañía del resto del mundo. Una guerra que, más que fallida, parece fallada. Sin embargo, y tristemente, siempre existe la posibilidad de desconectarse, apagando el televisor.

ALCIDES VELÁSQUEZ

## Un tercio de los latinoamericanos

**Sobre los 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia (1851-2001) Las condiciones de las comunidades negras en América Latina.**

**Comunidades de ascendencia africana en Costa Rica, Honduras, Nicaragua, Argentina, Colombia, Ecuador, Perú, Uruguay y Venezuela**

Banco Interamericano de Desarrollo (Bid) / Cowater International Inc., Washington, 1998, 236 págs.

Las comunidades de origen africano en Centroamérica y Suramérica están constituidas fundamentalmente por los grupos negros que pudieron aislarse a lo largo de las costas del Atlántico y el Pacífico, en donde